



Verdadero o falso en relación al objeto referencial

Patricio Peñailillo

Integrante de la Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social
IVR Internationalen Vereinigung für Rechts- und Sozialphilosophie

CUANDO ALGUIEN USA LA EXPRESIÓN: “lo que dices no es así” o “no es verdad lo que dices”, advertimos una discordancia entre lo mencionado y la referencia, entre el lenguaje y los hechos, entre las palabras y las cosas.

Para la lógica asociada al mundo, la compatibilidad o incompatibilidad entre el decir y el referente tiene un valor de certeza verdadero (1) o falso (0). Así, los enunciados pueden ser verdaderos o falsos si coinciden o no concuerdan con los hechos respectivamente; estos últimos [los hechos] siempre son lo que son, ya que, la decisión veritativa tiene lugar en el lenguaje y no en las cosas [tesis sostenida por Bertrand Russell]. La verdad y la falsedad están en las palabras no en las cosas.

De acuerdo a lo anterior, una proposición es verdadera sí y sólo sí esta logra representar parcialmente la realidad o determinados aspectos de ella. Decimos parcial y no la totalidad de aquella porque no procede representarla en una escala 1:1, ya que, si se cumpliera el 1:1, entonces no sería la representación de la realidad sino ella misma.

Pues bien, si nos concentramos en los enunciados falsos [para efectos de este Conversatorio], entonces podemos realizar una distinción que nos lleva a separar una proposición -falsa por error- de una -falsa-intencionada- que modifica la realidad con las palabras. La primera es denominada error y la segunda mentira. Con esto enunciamos dos tipos de falsedad, una en el dominio de la lógica y el “mundo” al que apuntan las proposiciones y otra que excede dichos campos [el lógico y el epistemológico] para ingresar en el territorio de la ética, ya que esa falsedad induce al engaño.

Una proposición falsa por error se debe a un desconocimiento del referente respecto del cual se dice lo que se dice. Aquello ciertamente es consecuencia de un elenco variado de factores, como por ejemplo: el desconocimiento de un “objeto” que nos lleva a afirmar una proposición falsa o bien por la “captura” inconsistente de “algo” con lo que no se logra obtener una representación de algún aspecto del objeto referencial. Pero algo distinto ocurre cuando la desafección del lenguaje de su referente es consciente, esto es: se conoce la “cosa”, no obstante se la oculta desde el lenguaje y hace aparecer algo distinto de lo que es ante un receptor del enunciado o de un elenco de proposiciones modificadas a voluntad por el emisor.



En el territorio de la ética ubicamos la mentira que es el resultado de un acto intencional de mala fe. El que miente simula hechos falsos al instalar desde el lenguaje situaciones inexistentes y hace *“que una nada se convierta en ser”* decía San Agustín de Hipona.

Un enunciado falso puede ser consecuencia de un error, a diferencia de la mentira que además de ser un enunciado falso posee la intención o voluntad de engañar por parte del emisor. Quien dice una mentira sabe desde el principio que lo que está diciendo no corresponde a la realidad. Esta fórmula aterriza en distintos dominios, como en las prácticas políticas si se desea sacar ventajas del adversario instalando noticias falsas o cuando se despliega en los asuntos cotidianos de nuestras vidas con la calumnia, la injuria o la denostación que son profundizaciones de la mentira o como ocurre en los asuntos judiciales cuando hay imputaciones falsas, por lo que la verdad jurídica ha de ser establecida antes de que se apliquen los criterios de los Tribunales de Justicia, -la justicia debe ser “ciega” en la aplicación pero no debe ser “ciega” a la verdad-.

Las proposiciones conducidas intencionalmente hacia lo falso, se despliegan con facilidad cuando hay un aire de época favorable al odio y encuentran un buen aliado en el lenguaje para distorsionar la realidad, ya sea con recursos verbales, entre otros medios disponibles que ingresan en la conciencia colectiva como ocurre con las redes sociales.

Gorgias, en Elogio a Helena decía que *“La palabra es un poderoso tirano que, a pesar de ser el más pequeño de los cuerpos [...] es capaz de hacer cesar el miedo, eliminar el dolor, de provocar la alegría e inspirar la compasión.”* Pero, ciertamente este poderoso tirano también es capaz de provocar sufrimiento y angustia.



Círculo de Ciencia y Artes Liberales

Conversatorio Museo de Antofagasta